
NIZA 66

*«¿Y la muerte? ¿Dónde está?». Buscó su pasado temor habitual a la muerte y no lo encontró.
«¿Dónde está? ¿Cuál es la muerte?»». No tenía ningún temor porque la muerte no existía.*

León Tolstoi

La muerte de Iván Ilich

Siempre creí que la historia que me contaron fue una mentira. Según ellos, permanecí en coma durante semanas. Pero estoy completamente seguro de que me topé con aquel pasaje.

Que estuve en coma varios días... ¿Cómo podía ser cierto eso? No tiene lógica que conserve un recuerdo preciso del lugar en que habité. Que recuerde exactamente cómo llegué. Las sombras, su tono de voz...

En mi trance, sueño o realidad, era un repartidor de diarios y esa mañana me había tocado una calle muy particular, denominada «Niza».

—¿Dónde queda esa calle?

—No sé, búscala —me contestó mi jefe.

Recorrí varias veces el barrio de Almagro. Llegué a pensar que era un pasaje o algo parecido, hasta que vi a un hombre apoyado en un poste verde, sobre la esquina de la calle Moreno. Llevaba un tapado violeta oscuro. Tenía unos ojos claros saltones y el pelo medio alborotado sobre la frente. Presentí que era el único que me podía ayudar.

—¿Estás perdido? —preguntó.

—Sí, busco la calle Niza...

—Está justo delante tuyo, solo un tonto no se daría cuenta.

—Era la primera persona que conocía la calle.

—¿Ves esos narcisos de ahí? —dijo señalando a mis espaldas. Ante mi cara de incertidumbre, se apresuró—: Mirá bien, no estás mirando bien.

—¿Qué es lo que tengo que ver? No hay nada.

—Los narcisos, justo ahí detrás tuyo.

—Disculpe... pero creo que se equivoca, no veo narcisos.

—Sos más tonto de lo que pensaba.

—Señor, solo veo un buzón viejo... un coche negro estacionado... y los... ¡Allá están! —Me di vuelta para agradecerle, pero él ya no estaba. El poste estaba vacío y era... ¿rojo? La calle estaba completamente mojada, como si le hubieran echado un baldazo de agua.

Las casas tampoco eran las mismas. Había copias parecidas, pero de un color grisáceo. Incluso el cielo había cambiado: era violeta. Me trajo recuerdos de mi pasado, cuando un antiguo profesor contó que en realidad el cielo era de ese color. «Nosotros tenemos una visión limitada y somos siete veces más sensibles al azul que al violeta, por eso lo vemos celeste». Los árboles parecían doblar en altura a los que conocía y algunas de sus raíces atravesaban el pavimento.

Había un cartel que decía «Niza», tal y como él me había dicho. El nombre «Moreno» también había cambiado: ahora se llamaba «Casto». Y más lejos, si no estaba leyendo mal, decía algo como «Kimo».

Veía los narcisos a solo dos metros, y detrás de mí había un bar con el nombre «Karpian». Tenía una decoración extraña. El cartel era viejo y de letras amarillas desgastadas. A sus costados había varias luces que parecían quemadas, y algunas de ellas estaban rotas. Era un lugar oscuro, muy oscuro: imposible ver adentro.

Y también lo era el barrio. Las calles estaban desiertas, y recubiertas de polvo. Allí no vivía nadie desde hacía mucho tiempo. Parecía un recuerdo oscuro de la civilización. Permanecí poco tiempo observando mi alrededor paralizado. Pero ese recuerdo aún vive en mi mente. Y creo que voy a recordarlo para lo que me reste de vida. Me sentí como si estuviera presenciando el fin de la civilización humana.

Me dirigí hacia los narcisos, y sentí ese aroma peculiar al ingresar por mis fosas nasales. Pero no era olor a narcisos, ni a hierba recién cortada. Parecía un olor como... de azufre.

Olvidé que tenía el diario y me agaché, perdido en el encanto de las flores. En algún momento debo haber perdido la noción, porque ya había oscurecido.

Pegué un salto y toqué el timbre de la casa.

Alguien susurró al otro lado de puerta. Pero no entendí lo que dijo esa voz.

—El diario —respondí.

La puerta se abrió.

—Buenos días... —dije, al percibir la figura de un hombre sumamente grande.

Él hizo un gesto de asentimiento, y con un brazo me indicó que pasara. Estuve a punto de decirle que tenía el diario, y de pedir disculpas por el retraso, pero noté que ya lo tenía bajo el brazo. ¿Cuándo se lo di?

Nos encaminamos por un lujoso pasillo (*¿pertenece a su casa?*), abarrotado de preciosas pinturas góticas. Figuras de Jesucristo y de sus apóstoles, y decenas de reyes y reinas. Pregunté si era un aficionado a la pintura, y además tuve curiosidad por saber si las demás casas de esa cuadra tenían esas dimensiones. No parábamos de caminar.

Nuevamente el hombre no me contestó.

Aquellos cuadros se fueron haciendo más siniestros a cada paso. Aparecieron imágenes grotescas. Bestias, demonios, imágenes paganas. Yo nunca fui religioso, pero en mi casa mi mamá era cristiana. Tengo bastantes conocimientos sobre algunas cosas... y creo que si hubiera visto las imágenes atroces que yo vi... probablemente se hubiera desmayado del espanto.

Ese pasillo era un camino al infierno. Creo que eso trataba de decirme ese hombre.

El suelo estaba recubierto por una gruesa alfombra azul, y no veía ni una sola pelusa. Las paredes eran grises y en la intersección con el techo resaltaban unos decorados particularmente extraños. Parecían pequeños puntos plateados, que daban una sensación de inmensidad, respaldados por el color del techo. Sin embargo, no pude hacer caso a mis ojos cuando los puntos comenzaron a moverse y seguirme.

—Creo que me tengo que ir —manifesté.

—¿Creés que te tenés que ir? ¿Cómo podés creer en eso? Comprendo que como está el mundo hoy en día, las creencias están desvirtuadas en miles de ramas. Creencias en la ciencia... en los políticos... pero, ¿puede haber algo tan absurdo como creer en que te tenés que ir? Las únicas creencias verdaderas son las que nos dan sentido a nuestra existencia, pero la gente ya no lo entiende.

Permanecí analizando lo que intentaba explicarme. Quería conducirme hacia algún lado, no solo físico, sino aparentemente espiritual.

—¿Y usted en qué cree? —le pregunté.

—Yo creo en todo lo que me fortalece, me intensifica. Lo que se manifiesta y lo que no.

—¿Como qué?

—Como la música. ¿Experimentaste alguna vez el placer de un concierto de Chopin? ¿Recorriste los mares de tu mente extasiado con los sonidos de los instrumentos de cuerdas? En otras palabras, ¿presenciaste las maravillas de la música?